

LOS PADRES

DE LA NOVIA,

COMEDIA EN UN ACTO,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS,

Y ARREGLADA POR

DON PEDRO BARANDA DE CARRION.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T BORRAS

N.º de la procedencia

2253

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=
1859.

PERSONAGES.



DON AGUSTIN DE LARA.

DOÑA ROSA DE LARA, *su esposa, madre de*
LUISA.

DON ANSELMO.

DON JUAN, *su hijo.*

DON ESTEBAN, *procurador.*

DOS CRIADOS.



La escena es en Madrid en casa de doña
Rosa.



Este drama es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO ÚNICO.

Un salon con puertas al foro y laterales : á la derecha del espectador un velador.

ESCENA PRIMERA.

DON ESTEBAN *y* un CRIADO.

D. Esteban. (Devolviendo una carta al criado.) Es una equivocacion; el cartero no sabe lo que se hace. Esta casa, calle de Silva, pertenece á doña Rosa de Lara; don Agustin, su marido, vive en la calle de la Magdalena. Con que, vamos, qué haces ahí?

Criado. Voy á pasar recado.

D. Esteban. Para qué? ya sabes que soy de casa; anda, vuelve la carta. (*Vase el criado.*) Eso me gusta, el marido á un extremo del pueblo y la muger á otro; excelente posicion para el procurador de la muger! Pero qué muger! de treinta y cuatro años no cumplidos! en todo el lleno de su juventud! Tienen los hombres ideas muy estrafalarias; muchos hay que prefieren las niñas de diez y ocho años, tontillas, inocentes, con un cuerpo sin formar y un alma sin carácter decidido, que aun no se sabe lo que darán de sí. Qué simpleza! Cuánto mas vale una muger de treinta años, muger completa, madura, en fin... muger en su punto... Mil veces he estado para declararla mi amor, aprovechando un momento de cólera conyugal, y otras tantas me ha detenido una maldita cobardía... El mejor modo de salir del paso es entregarla esta carta (*Saca del bolsillo una carta de color de rosa.*), donde se hallan reunidas con el mayor estudio las espresiones mas apasionadas y volcánicas que contiene el diccionario de la lengua. (*Mirando á la izquierda.*) Ella es; pero viene con su hija y con ese jóven. Vamos, está visto que nunca he de poder hablarla á solas. (*Guarda la carta.*)

ESCENA II.

D. JUAN. DOÑA ROSA y LUISA *que llegan por la izquierda.*

D. ESTEBAN.

Doña Rosa. (A Luisa y don Juan.) Teneis un empeño, hijos míos, que no puedo menos de ceder; pero si supiérais lo que es el matrimonio...!

Luisa. Por eso queremos saberlo, mamá.

D. Juan. Así la deberé á usted la felicidad de toda mi vida.

Doña Rosa. Estaba usted ahí, don Esteban? no me habian avisado.

D. Esteban. Es indiferente, señora.

Doña Rosa. Pues ya que ha venido usted, nos podrá aconsejar en un asunto.

D. Esteban. Un asunto! de mil amores. Es una su-
basta? un despojo?

Doña Rosa. Nada de eso; es un casamiento.

D. Esteban. Ah!... pero yo no entiendo una palabra en ese particular. Un procurador no hace casamientos; los deshace.

D. Juan. Este ya es negocio concluido.

Luisa. Sí, señor, y solo falta estender el contrato, que para mí es una operacion muy sencilla; porque entre dos que bien se quieren no hace falta mas convenio que nada para él, nada para mí, y todo para los dos... pero mamá dice que es preciso arreglarlo en debida forma.

D. Esteban. Y su mamá de usted tiene razon; un marido es un enemigo natural.

Doña Rosa. Don Esteban!

D. Esteban. Es verdad; no conviene anticipar esas cosas; con el tiempo se van aprendiendo... Con que está usted decidida á casar á Luisa con el doctor?

Doña Rosa. Qué menos podria hacer en obsequio del que ha salvado la vida de mi hija?

Luisa. No se acuerda usted de mi terrible enfermedad cuando salí del colegio...?

D. Juan. Por Dios Luisa...!

Luisa. Oh! yo quiero que todo el mundo lo sepa. En

cuanto me puse un poco mejor, fuí con mi tío á su casa de Sacedon, para tomar los baños y acabarme de restablecer; pero apenas llegué, recaí de nuevo con mas peligro que nunca, y si no hubiera sido por el interes y los cuidados del señor...

Doña Rosa. Que cabalmente es hijo de un amigo nuestro muy antiguo, don Anselmo de Arias, administrador de rentas de Sacedon.

D. Esteban. Cuánto me alegro!... buscaré un escribano, y en cuatro minutos despachamos el contrato.

D. Juan. Convendria que su esposo de usted...

Doña Rosa. (*Algo turbada.*) Por supuesto... tambien le examinará; pero su padre de usted debe llegar hoy mismo, ¿no es verdad?

D. Juan. Viene á traerme su aprobacion para mi enlace, y con eso faltará solamente que su marido de usted nos dé la suya.

Doña Rosa. (*Con mayor turbacion.*) Mi marido... no tenga usted cuidado... ya no puede tardar... (*Cortando la conversacion*) Anda, hija mia; vete á ver si está dispuesto el desayuno; cuida que no falte nada. Es preciso que te vayas acostumbrando á gobernar tu casa. (*A don Juan.*) Supongo que irá usted á esperar á su padre?

D. Juan. (*Mirando el reloj.*) En efecto, ya debe llegar: antes de media hora estaré de vuelta con él. Tendrá mucho gusto en volver á ver á usted y tambien á su señor esposo. (*Vanse Luisa por la izquierda y don Juan por el foro.*)

ESCENA III.

DOÑA ROSA. DON ESTEBAN.

Doña Rosa. Mi esposo, mi esposo... como si no tuviera otra cosa en que pensar.

D. Esteban. Parece que ese jóven no sabe lo que hay?

Doña Rosa. Ni Luisa tampoco; me ha sido fácil mantenerlos en ese error; Luisa acaba de salir del colegio donde su padre y yo la visitábamos alternativamente; Arias viene de su pueblo, y yo me he valido de varios pretextos para escusar la ausencia de mi marido.

- D. Esteban.* Ya! Es tan duro decir á dos jóvenes que se van á casar...
- Doña Rosa.* Que el matrimonio es un infierno... Ah! Don Esteban, quién lo hubiera creído?... Un hombre tan bueno, tan amable al principio...!
- D. Esteban.* Todos lo son al principio, señora.
- Doña Rosa.* Y luego un mónstruo, amigo mio. (*Enjugándose los ojos.*) Cuánto me ha hecho llorar! (*Don Esteban quiere hablar, doña Rosa le interrumpe con aspereza.*) No me hable usted de él, no quiero oír nada. Puede decirse que no he empezado á vivir hasta hace cinco años que convenimos en esta separacion voluntaria.
- D. Esteban.* Y eso es lo que tiene de malo, el ser voluntaria. Quite usted allá! Sin el apoyo de la ley... De modo, que si mañana le diese la manía de volver á su casa de usted, no habria mas remedio...
- Doña Rosa.* En esa parte no tenga usted cuidado.... solamente querria que fuese un poco mas puntual en remitirme mi asignacion; ocho dias hace ya que cumplió el trimestre, y una se ve apurada...
- D. Esteban.* Ahí lo tiene usted; y ahora, cómo se le obliga? Si lo digo yo; si es necesario acudir á la separacion jurídica.
- Doña Rosa.* Ya lo habia pensado; pero teniendo una hija por colocar...
- D. Esteban.* Ya estoy.
- Doña Rosa.* En saliendo de este paso, no me detendrá ninguna consideracion.
- D. Esteban.* Y piensa usted que venga su esposo á autorizar el casamiento?
- Doña Rosa.* No; pero le he enviado á pedir su aprobacion y me la ha prometido... Luego que todo se concluya, me valdré del talento y de la bondad de usted para... Es usted tan complaciente, tan activo en mis negocios..
- D. Esteban.* Ya se ve; somos vecinos...
- Doña Rosa.* Se ha tomado usted la molestia de encarregar el neceser de que hablamos el otro dia?
- D. Esteban.* Ya está acabado, y me han prometido enviarle hoy por la mañana.
- Doña Rosa.* Estoy muy reconocida por la bondad

de usted ; no sé cómo pagar tanto favor.

D. Esteban. Qué dice usted, señora! (*Aparte y buscando la carta.*) Esta es la ocasion. (*Alto.*) Si usted supiera, si usted pudiese imaginar... (*Ruido en el foro.*) Pero qué ruido es ese?

Doña Rosa. (*En la puerta del foro.*) No me engaño; él es!

D. Esteban. Quién?

Doña Rosa. Mi marido.

D. Esteban. Su marido de usted, ahora! y con qué objeto?...

Doña Rosa. No lo sé; pero usted no me abandonará?

D. Esteban. Imposible, señora... (*Aparte.*) Está visto; tengo desgracia en todo; perdí la ocasion, y sabe Dios cuando... pero, qué idea! Ciertamente, es el mejor medio... Tengo yo mucha travesura! (*Se dirige al foro y se para de pronto.*) No; por la otra escalera. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

D. AGUSTIN. DOÑA ROSA.

D. Agustin. (*Adentro.*) Te repito que he de pasar. Estaría gracioso que me detuviera un pillo como tú!... Perdone usted, señora; parece que esos criados tienen órdenes...

Doña Rosa. Ninguna, caballero; pero ya se ve, no le conocen á usted; y como yo no recibo en mi casa mas que algun que otro amigo...

D. Agustin. Bien hecho. Ya me hago el cargo que mi presencia en esta casa es un suceso extraordinario, y por lo mismo voy á esplicarle á usted mi intencion.

Doña Rosa. Nada de eso; usted tiene derecho para todo. Como nuestra separacion es voluntaria, puede usted venir cuando le acomode, y yo tengo que recibirle; pero no le parezca á usted que yo sufriré que continúe por mas tiempo una posicion tan equívoca.

D. Agustin. (*Con frialdad.*) No entiendo lo que quiere usted decir.

Doña Rosa. Quiero decir que ya es tiempo de que yo

asegure mi libertad. Hasta aquí me ha detenido el interés de mi hija; pero, gracias á Dios, pronto desaparecerá ese obstáculo y acudiré á los tribunales.

D. Agustín. (*Sin alterarse.*) Y daremos que decir en la crónica escandalosa de las tertulias y de los periódicos, y se reirán de nosotros... Corriente! A tal punto hemos llegado, que...

Doña Rosa. Y no me costará el menor esfuerzo; porque yo no sé en qué ha consistido que estos cinco años de ausencia han aumentado mi antipatía, y ahora le aborrezco á usted mas que nunca.

D. Agustín. Yo, en su lugar de usted, hubiera escusado ese cumplimiento.

Doña Rosa. Quiero que sepa todo el mundo, en que ha venido á parar un enlace por amor; porque nosotros, Dios me perdone, le llamábamos así.

D. Agustín. Vamos; ¿y á qué viene recordar unas cosas que no sirven mas que para incomodarnos? Vuelvo al objeto de mi visita: parece, segun lo que usted me escribe, que Luisa se va á casar...

Doña Rosa. Y usted no lo aprueba? eh!

D. Agustín. Al contrario, me parece muy bien ese joven. Aunque no fuera mas que por ser hijo del buen D. Anselmo, que nos visitaba todos los dias y era tan amigo nuestro... allá, en aquel tiempo... cuando nos queríamos nosotros.

Doña Rosa. Ya!

D. Agustín. Pero me parece que tengo derecho de intervenir en el contrato y de dotar á mi hija.

Doña Rosa. Está bien; le enviaré á usted el escribano, y supuesto que no venia usted á otra cosa...

D. Agustín. Sí señora, traia tambien otro objeto: aprovecho con gusto esta ocasion de disculparme con usted por mi tardanza en el pago del último trimestre. He vendido lo que tenia en Madrid con ánimo de fijarme en cualquier provincia, si consigo un empleo de esos que se dan á todo el mundo, una tesorería, una administracion de partido, en fin cualquier cosa que me distraiga y me aleje de usted... en lo que espero la cabrá á usted tanta satisfaccion como á mí. Con que esá ha sido la causa del retardo; por que

mi agente me ha hecho esperar algunos dias el recibo de mis fondos.

Doña Rosa. Está usted disculpado, caballero.

ESCENA V.

Los mismos. DON JUAN.

Doña Rosa. Aquí está don Juanito... Tengo el gusto de presentarle á usted á mi marido.

D. Agustin. Cómo! es este aquel muchacho tan chiquitin y tan revoltoso?... Qué guapo está! (*Dándole la mano.*) Vamos, amigo mio, ya veo que mi hija tiene buen gusto. Y el papá cómo sigue?

D. Juan. Ahora mismo acaba de apearse del coche, y se ha detenido un momento á componerse un poco para presentarse á ustedes.

D. Agustin. De cuándo acá gasta ceremonias con nosotros? Que venga al momento; vaya usted á traerle conforme esté.

D. Juan. Corro á buscarle. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI.

DON AGUSTIN. DOÑA ROSA.

D. Agustin. El bueno de don Anselmo! Cuanto me alegraré de verle!... Con que decíamos, señora, que la debo á usted un trimestre. (*Saca de su cartera unos billetes de banco y los da á su muger.*) Tómese usted la molestia de contar.

Doña Rosa. No hay para qué; estoy satisfecha.

D. Agustin. Pues yo no lo permito; en materia de intereses... cuanto mas amigos... Esto no es decir que nosotros lo seamos...

Doña Rosa. (*Cuenta los billetes.*) Está bien. (*Mirando la cartera.*) pero, qué veo! un retrato! un retrato de muger! siempre lo mismo!

D. Agustin. Eh! no haga usted caso; no es nada; es el retrato de usted.

Doña Rosa. (*Ofendida.*) Cómo! será cierto?

D. Agustin. Vaya, no se enfade usted por eso... una

distraccion, un olvido... Ya se acordará usted que algun tiempo antes de casarnos nos dimos nuestros retratos... por lo que hace al mio, no sé que habrá hecho usted de él; pero no me importa: el de usted mandé que le pusieran en esta cartera que tenia ar-
rinconada, y hoy por la mañana sin saber lo que hacia....

Doña Rosa. (Picada.) Lo creo, sí señor, lo creo; sin saber lo que hacia... Pues bien, supuesto que de nada le sirve haga usted el favor de volvérmelo.

D. Agustin. No veo una razon para ello; usted me le dió...

Doña Rosa. Para otro fin, caballero, no para tenerle despreciado y tal vez...

D. Agustin. Ea, dejémoslo ahora. En otra ocasion...

Doña Rosa. Ya! Quiere usted evadirse? Pues ahora lo tomo con empeño... usted en nada estima ese retrato, pero basta que yo le pida...

D. Agustin. Señora, trate usted de calmarse, si puede. Quiere usted que venga Arias que nos conoció cuando eramos el matrimonio mejor avenida de todo Madrid y nos encuentre enmarañados con estas tonterías?

Doña Rosa. Suceda lo que quiera, yo no tendré la culpa. Deme usted inmediatamente esa cartera.

D. Agustin. Ya que lo toma usted de ese modo, yo me empeño en conservarla, y si quiere usted que armemos una pelotera...

Doña Rosa. Pido mi retrato y aunque sea á la fuerza...

(D. Agustin hace un movimiento para poner la cartera fuera del alcance de doña Rosa y la deja caer.)

D. Agustin. (Poniendo una rodilla en tierra para coger la cartera.) Aunque usted se empeñe, la repito...

ESCENA VII.

Dichos. DON ANSELMO que entra por el foro, y luego DON JUAN.

D. Anselmo. (Al foro.) Brabo! no hay que variar de postura.

Doña Rosa. Don Anselmo!

D. Anselmo. El mismo, amigos míos, que tiene la dicha de sorprender la escena mas patética del mundo. Un marido á los pies de su muger! admirable! magnífico!... Aprendan aqui las mugeres y los maridos... Me acuerdo de mi difunta. Qué armonía la nuestra! qué paz! como dos ángeles.

D. Agustin. (Aparte.) Pues la equivocacion no ha sido mala.

D. Juan. (A don Anselmo.) Estará usted cansado.

D. Anselmo. Lo estaba; pero yo no necesito mas descanso que ver felices á mis amigos. (*Les estrecha las manos.*)

Doña Rosa. El bueno de don Anselmo!

D. Anselmo. Con que se casan nuestros hijos, eh? Quién me hubiera dicho cuando asistí á vuestra boda... Jesus! si parece que fue ayer... Esto es decir que vamos á viejos; pero como ha de ser; el corazon nunca es viejo, y sino decidlo vosotros amigos míos, que os hallais en este momento tan finos, tan amartelados como el dia de la boda.

D. Agustin. (Bajo á su muger.) Nos va á fastidiar por ese estilo, si usted que es el ama de casa, no encuentra algun medio de abreviar la visita.

D. Anselmo. (Sentándose.) Me hallo bien aqui por vida mia; estoy en mi elemento.

D. Juan. Aun no ha dicho usted á qué posada se ha de llevar el equipage.

D. Agustin. (Aparte.) Bueno; con eso se irá.

D. Anselmo. (Levantándose.) Estás loco? Habia de hacer á estos dos amigos tan antiguos el agravio de pensar siquiera en una posada?

D. Agustin. (Aparte.) Ya escampa!

D. Anselmo. Entre amigos nada es incómodo, y cuando ellos vayan á Sacedon...

Doña Rosa. (Aparte.) No sé que hacer.

D. Anselmo. (A su hijo.) Con que anda, hijo mio, haz que lo traigan todo aqui. (*A doña Rosa.*) Pero no hay que molestarse por mí; yo me acomodo en cualquier parte. Lo esencial es estar todos juntos y separarnos lo menos posible.

Doña Rosa. Es usted muy amable.

D. Agustin. (*Bajo á su muger.*) En qué piensa usted? Es preciso disponer una habitacion; despues buscaremos algun medio de insinuarle la verdad.

Doña Rosa. Usted me dispensará que vaya á preparar lo necesario, para que le sea menos ingrata su permanencia entre nosotros.

D. Anselmo. Tan fina como siempre!

D. Juan. Y yo voy á ejecutar las órdenes de usted. (*Vanse don Juan por el foro y doña Rosa por la derecha.*)

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN. DON ANSELMO.

D. Anselmo. Ahora podemos hablar de nuestros negocios... Si te parece, pasaremos á tu despacho.

D. Agustin. (*Confuso.*) Mi despacho...?

D. Anselmo. Sí; para que no nos estorben.

D. Agustin. Mi despacho? es que... (*Aparte.*) No sé que decirle... (*Alto.*) Has de saber... hoy cabalmente, está todo revuelto... le han ocupado con mil cosas.

D. Anselmo. Eso es igual; en cualquier parte; aunque sea en tu alcoba, eh?

D. Agustin. Mi alcoba?... (*Aparte.*) Qué apuro! no me faltaba otra cosa!... (*Alto.*) Hombre mi alcoba, no sabes tú... si te he de decir la verdad...

D. Anselmo. Ya caigo; no teneis mas que una. Necio de mí! he cometido una indiscrecion... y ahora que es tan temprano... con que nada, hablaremos aqui.

D. Agustin. (*Aparte.*) Ya respiro. (*Se sientan.*)

D. Anselmo. Es de costumbre convenir con los padres de la novia en el dote y demas condiciones del contrato; pero yo en esta parte lo dejo todo á tu disposicion.

D. Agustin. Procuraré que no quedes disgustado.

D. Anselmo. Nada, si yo no he venido á Madrid para eso; mi principal objeto ha sido hablar al ministro de hacienda, porque has de saber que ya no soy administrador.

D. Agustin. Cómo! te han dejado cesante?

D. Anselmo. No, me he dejado yo... Qué quieres? he llegado á reunir un patrimonio regular; cuarenta

mil reales de renta... para estos tiempos, y sin tener mas que un hijo que me herede... Con que despues de pensarlo con madurez, he resuelto descansar, y en premio de mis servicios he pedido solo que me dejen nombrar mi sucesor... porque desde luego me ocurrió la idea de que tu podrias...

D. Agustin. De veras?... qué buen amigo!... Y si vieras que ocasion tan oportuna; parece que te lo han dicho. Cuando yo estaba pensando...

D. Anselmo. Pero decia yo: la muger de mi amigo no gusta de pueblos, y en honor de la verdad, el pueblo de Sacedon no es muy divertido que digamos.... Me acuerdo que mi difunta cayó enferma en cuanto fuimos á él.

D. Agustin. En esa parte no tengas cuidado, mi muger se quedará en Madrid.

D. Anselmo. Jesus! querrias separarte de ella?

D. Agustin. Eso no; me he explicado mal. Es decir, que por el pronto, para no asustarla... y luego con el tiempo...

D. Anselmo. Eso ya puede pasar.

D. Agustin. Cuento con la plaza?

D. Anselmo. Ya lo arreglaremos.... lo que hace el no saber! Ha estado en un tris que no se la haya llevado un perillan que me recomendó el gefe político; pero felizmente para tí llegué á saber que era un calavera...

D. Agustin. Sí, eh?

D. Anselmo. Una conducta depravada.

D. Agustin. Pues cómo?

D. Anselmo. Con decirte que estaba separado de su muger...

D. Agustin. Hola! con que por eso...

D. Anselmo. En ese punto soy inexorable... Quebrantar las leyes del matrimonio, corromper tan santa institucion!... Un mal marido no es capaz de nada, ó por mejor decir es capaz de todo lo malo. Te aseguro que si mi mayor amigo estuviera separado de su muger, romperia con él para toda mi vida....

D. Agustin. (*Aparte.*) Cáspita!

D. Anselmo. Ni por todo lo del mundo hubiera consentido que mi hijo se enlazase con una familia de esa

especie. Seria un bonito ejemplo para un recién casado!

D. Agustin. (Aparte.) Bueno es saberlo.

D. Anselmo. Me estremezco solo de pensar en tales abusos; son el oprobio de la sociedad... Pero yo me exalto demasiado, y eso que por mi parte y la de mis amigos no puedo quejarme.

D. Agustin. (Aparte.) No me escapo de mala. Es preciso disimular aunque mucho me cueste, no sea que vayamos á perder tan buena proporcion para mi hija y tan cómodo empleo para mí.

ESCENA IX.

Los mismos. DOÑA ROSA que llega por la derecha.

Doña Rosa. Don Anselmo, ya tiene usted dispuesta su habitacion; cuándo usted guste?

D. Anselmo. Señora, tanto favor...

D. Agustin. (Con un tono muy cariñoso.) Dime, querida, te has acordado de mandar que enciendan la chimenea.

Doña Rosa. (Aparte, asombrada.) Querida!

D. Agustin. (En el mismo tono.) Como las mañanas están todavía algo frescas no quisiera, Rosita mia.....

Doña Rosa. (Aparte.) Rosita suya!

D. Agustin. Ya ves tú, nuestro buen Don Anselmo pudiera resfriarse; y por lo mismo, vida mia, supongo que habrás dispuesto que nos sirvan aqui el desayuno, porque me acuerdo... *(Corrigiéndose.)* quiero decir, me hago el cargo de que el otro comedor es demasiado frio, y á tí tambien te podria hacer daño, angel de mi vida!

Doña Rosa. (Cada vez mas sorprendida.) Angel de su vida!

D. Anselmo. Estoy loco de contento y confieso que escuchándoos me quedaria embobado; pero voy á dejaros un instante, tengo que hacer una visita á un gefe de seccion del ministerio, y es preciso arreglarse un poco.

D. Agustin. Ya lo oyes, hijita de mi alma; el amigo tiene que salir y convendria acelerar el desayuno.

Doña Rosa. (Aparte.) Esto es demasiado!

D. Anselmo. Un millon de gracias. *(Aparte al salir.)*
Tentaciones me dan de casarme otra vez al verlos tan unidos. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA X.

DON AGUSTIN. DOÑA ROSA.

Doña Rosa. (Con violencia.) Me hará usted el favor de decirme qué significa ese tono? Si es una chanza podrá ser muy divertida para usted, pero á mí me parece de muy mal gusto y muy grosera.

D. Agustin. (Con un tono frio.) Lejos de ser una chanza hablo con toda seriedad.

Doña Rosa. Si usted no lleva mas objeto que el de ocultar á un amigo nuestras desavenencias interiores, eso se consigue con emplear un tono reservado y un lenguaje indiferente; pero ha empezado usted á afectar una galantería y un cariño tan exagerado, que se parecen demasiado á una burla para que pueda sufrirlos por mas tiempo.

D. Agustin. Crea usted, señora, que este paso me divierte á mí tan poco ó menos que á usted, pero no hay otro remedio. El buen D. Anselmo tiene ideas muy antiguas con respecto al matrimonio, y es preciso seguirle el humor. En eso estriba no solamente la boda de nuestra hija, sino tambien un empleo que me ha prometido á mí.

Doña Rosa. Hola, y por eso?...

D. Agustin. No he llevado ningun otro fin, palabra de honor.

Doña Rosa. Ya! y pensaba usted que yo toleraria esa farsa? Se ha engañado usted, amigo mio. Bien puede usted inventar otro medio de agenciarse empleos, porque yo no me siento dispuesta á ser cómplice de una superchería por complacerle á usted.

D. Agustin. Entonces se va á desbaratar el casamiento de Luisa.

Doña Rosa. Tiene buen dote y no la faltarán novios.

D. Agustin. Pero está enamorada de ese joven.

Doña Rosa. (Irritada.) Enamorada!... una muchacha

de diez y seis años ama siempre á su novio... También yo le amaba á usted.

D. Agustin. Muchas gracias... con que es decir que usted no consiente...

Doña Rosa. No y mil veces no; y estraño mucho que estando como estamos...

ESCENA XI.

Los mismos. LUISA.

Luisa. (*Viene corriendo por el foro.*) Mamá, mamá, que contenta estoy! si viera usted!.... (*Repara en su padre y se arroja á sus brazos.*) Padre mio!... es cierto?... ha venido usted aqui!

Doña Rosa. Y eso qué tiene de particular?

Luisa. (*Reponiéndose.*) Nada, mamá; pero....

D. Agustin. Abrázame otra vez hija mia!

Luisa. Y se queda usted ya siempre con nosotros?

Doña Rosa. (*Turbada.*) Pues ya se ve; eso no se pregunta.

Luisa. Oh qué dichosa soy!.. todos los placeres juntos; si usted supiera...

Doña Rosa. Pues qué hay?

Luisa. Figúrese usted, que acaban de traer las vistas, y como él tiene tan buen gusto... hay tantas cosas y tan bonitas, que no se cansa una de mirarlas.

Doña Rosa. (*Aparte.*) Dios mio! vaya usted ahora á decirla...

Luisa. Vamos, mamá, qué dice usted?

Doña Rosa. Sabes lo que digo, hija mia, que haces mal en estar tan confiada; yo deseo tanto como tú que se efectue tu boda, mas pudiera suceder...

Luisa. Mamá, por Dios; usted me hace temblar.

Doña Rosa. No es decirte que no quede ya ningun recurso; yo por mi parte nunca me opondré; pero á veces no puede una muger que estima su decoro, admitir algunas condiciones que...

Luisa. Pero, Dios mio, qué significa todo eso?

Doña Rosa. Significa, hija mia, que cuando una boda no se ha terminado aun, pudiera deshacerse.

Luisa. Pero yo no puedo renunciar á él... acuértese

usted de que le debo la vida. Oh! me moriria de pena!

Doña Rosa. Pobrecita!

D. Agustin. (*Bajo.*) No consiente usted?

Doña Rosa. (*Idem.*) Calle usted, infame!

D. Agustin. (*Aparte.*) Se acabó; todo está perdido.

ESCENA XII.

Los precedentes. D. JUAN por el foro, delante de dos criados que traen una mesa; luego D. ANSELMO.

D. Juan. Buena noticia! el desayuno. (*Abriendo la puerta de la derecha.*) Padre mio, cuando usted guste.

D. Anselmo. Ya estoy listo; y, segun parece, tambien lo está el almuerzo: bravo!

D. Agustin. (*Aparte.*) Estoy en brasas; buena gresca se va á armar.

D. Anselmo. Ea, qué hacemos que no nos sentamos á la mesa?

Doña Rosa. Dice bien don Anselmo; sentémonos. (*A su marido con zalamería.*) A dónde vas tú, querido? enfrente de mí.

D. Agustin. (*Sorprendido.*) Cómo dices?

Doña Rosa. (*Con dulzura.*) Digo que te sientes enfrente de mí... no me oyes? Vaya, Agustin, que estás hoy tan distraido. (*Bajo con viveza.*) Qué hace usted ahí, como un palomino atontado? no ve usted que no hay otro remedio?.. quiere usted que mi hija se muera de tristeza..?

D. Agustin. Por Dios, vida mia... (*Aparte.*) Vamos, se ha portado. (*Se sientan; don Anselmo en medio, y á sus lados don Juan y Luisa; don Agustin y doña Rosa á los dos extremos mirándose de frente.*)

Doña Rosa. Usted no quiere desayunarse, don Juan?

D. Juan. Dispéñseme usted; estaba hablando con Luisa dos palabras.

D. Anselmo. Hay tiempo para todo; yo por mi parte, cuando me siento á la mesa para hacer los honores á un excelente desayuno... Esta polla está muy delicada! Me acuerdo de mi difunta...

D. Agustín. Quieres tomar luego café?

D. Anselmo. Como gustes; pero te ocupas demasiado de mí y olvidas á tu señora.

D. Agustín. (Llenando el vaso de doña Rosa.) ¿Quieres algo mas, vida mia?

Doña Rosa. Gracias, querido.

D. Anselmo. Aqui tienes, hijo mio, un matrimonio feliz; un matrimonio que debe servirte de modelo.

Un criado. (Entra por el foro con un neceser y un papel doblado.) De parte del señor don Esteban de Aguilar han traído este neceser.

Doña Rosa. Bien está; déjale ahí.

D. Anselmo. (Toma el neceser, le abre, y se le devuelve al criado) A verle... Ay! qué bonito es!... amigo, es un neceser magnífico! Apostaré cualquier cosa á que es un regalo, una agradable sorpresa que tiene usted preparada á algun sugeto.

Doña Rosa. No, señor; es para mí.

D. Anselmo. Permítame usted que no lo crea; un neceser de viage con forro de terciopelo bordado de plata!.. Sin duda es un regalo... Usted tendrá sus razones para disimular... Pero, ah!.. ya caigo; pasado mañana, 13 de abril, es el aniversario de la boda. Me acuerdo como de ayer; ya lo comprendo todo.

Doña Rosa. Pues qué!..

D. Anselmo. Un obsequio que hace usted á su marido; hay cosa mas natural!

D. Agustín. Es verdad! hija de mi alma; con que has tenido la atencion?.. qué amable eres!

Doña Rosa. (Aparte.) Estoy ciega de cólera. (Alto.) Ya ves, dueño mio; como soy tan feliz, y es tan grato á mi corazon el recuerdo de aquel dia!.. (Todos se ponen en pie; Doña Rosa se aproxima á don Agustín, y le dice al oído.) Ya puede usted imaginar que no estoy para hacerle obsequios; no lo admita usted.

D. Agustín. Ya que te empeñas, le acepto, y te lo agradezco en el alma.

Doña Rosa. (Bajo con rabia.) Caballero, abusa usted cruelmente de su posicion... (Alto.) Vamos, Luisa, ¿qué haces ahí? dispon que sirvan el café en la sala.

Luisa. Voy; mamá; no viene usted conmigo, Arias?

D. Juan. Con el mayor gusto. (*Vanse por el foro.*)

D. Anselmo. (*Al criado, señalando al papel que tiene en la mano.*) Qué es lo que tienes ahí? la factura del fabricante. Guárdala para cuando esté sola: el que hace una fineza, desea ocultar su coste.

Criado. Ah! no es eso; es una cuenta de la señora... dice el que la ha traído que siente mucho molestar á la señora, pero que le es imposible esperar...

Doña Rosa. A ver; la cuenta de la modista: qué persecucion! Seis mil quinientos sesenta reales; en efecto, eso es. Dí que yo me pasaré por su casa... ó si no, espera. (*Bajo con viveza á su marido.*) Caballero, va usted á satisfacer ahora mismo el importe de esta cuenta.

D. Agustin. (*Bajo.*) Señora, qué dice usted?

Doña Rosa. (*Alto.*) No, dueño mio, no; es demasiada fineza! seria pagar el duplo del neceser que te acabo de regalar, con que...

D. Anselmo. Qué es eso, amigo?

Doña Rosa. Pero, hombre, si... figurese usted que se empeña en pagar ahora mismo esta cuenta.

D. Agustin. (*Bajo.*) Mire usted que no la quiero pagar.

Doña Rosa. Ya que te obstinas, cedo; pero sin ejemplo.

D. Anselmo. (*A don Agustin.*) Rasgo como tuyo; caballeresco, generoso: pero, en qué piensas?

D. Agustin. Ah! en nada. (*Aparte, dando al criado unos billetes de banco.*) Habráse visto un marido en mas ridícula posicion? (*Los criados quitan la mesa.*)

D. Anselmo. No sé lo que me pasa... cada instante admiro una prueba mas de ternura, de amor... Estoy conmovido, lloro de alegría como un niño... (*Se enjuga los ojos.*) Pero si he de decirte lo que siento, aun no has pagado á tu muger en la forma que debes.

D. Agustin. (*Asustado.*) Cómo! pues que!

D. Anselmo. Vaya! eso no hay necesidad de decirlo; por su peso se cae. Hace ya una hora que debias haberla abrazado.

Doña Rosa. Don Anselmo, por Dios!

D. Anselmo. Qué de cumplimientos, señor! Como si darsé un abrazo fuera cosa del otro mundo. Yo en

tu lugar... (*Aparte.*) Detente lengua, que eso ya sería demasiado.

Doña Rosa. Ya que es preciso... (*D. Agustín la abraza y se separa.*)

D. Anselmo. (*Deteniéndole.*) Eso no vale, señora...

Doña Rosa. (*Aparte.*) Qué apuro!

D. Agustín. (*Bajo.*) Ahora la toca á usted: ya que no tengo en mi mano otra venganza, séalo esta aunque pequeña. (*Doña Rosa le abraza.*)

D. Anselmo. Oh! qué día tan completo para mí!

Doña Rosa. (*Aparte.*) Al fin, hemos salido con felicidad de este mal paso.

ESCENA XIII.

Los mismos. D. ESTEBAN. UN CRIADO.

Criado. (*Anunciando.*) Don Esteban de Aguilar.

Doña Rosa. Cielos! Don Esteban! somos perdidos!

D. Esteban. (*Aparte al entrar.*) Parece que al fin se me presenta la ocasion oportuna. (*Mirando á la escena.*) Ah! (*Alto con turbacion.*) Señora... Usted me dispensará... yo venia...

Doña Rosa. (*Aparte.*) Veamos si puedo remediarlo á fuerza de serenidad. (*Alto y con soltura.*) Señor don Esteban, muy bien venido; hace tiempo que descaba presentarle á usted á mi esposo... Aquí tienes, amigo mio, á don Esteban de Aguilar, celoso y activo procurador, que tan completamente nos ha servido en varios negocios durante tu corta ausencia.

D. Esteban. (*Aparte.*) Qué significa esto? (*Haciendo reverencias.*) Servidor de usted.

D. Agustín. Muy señor mio... (*Aparte.*) Ah! infame; tú eres sin duda el espíritu santo, el consejero de esta casa... no se me olvidará. (*Alto, dándole la mano y con tono afectuoso.*) Téngame usted por suyo; los amigos de mi muger...

D. Anselmo. (*Tomándole la otra mano.*) Si en algo puedo servir á usted; los amigos de mis amigos...

D. Esteban. Señores, yo... (*Aparte.*) Vaya un lance de comedia.

D. Anselmo. Siento en el alma que no haya usted ve-

nido un poco antes; se ha perdido usted lo mejor; hubiera usted presenciado la escena mas patética! hubiera usted visto dos esposos en buena armonía!

D. Esteban. (*Bajo á doña Rosa.*) Cómo! con qué no sigue usted?...

Doña Rosa. (*Idem.*) No hay que hablar una palabra?

D. Esteban. (*Bajo á D. Agustin.*) Con que ha vuelto usted?...

D. Agustin. (*Idem.*) Silencio!

D. Anselmo. (*A D. Agustin*) Ahora que me acuerdo, no le das al señor las gracias por la molestia que se ha tomado de elegir el neceser que te acaba de regalar tu esposa?

D. Agustin. Es verdad, le estoy á usted muy agradecido; tiene usted muy buen gusto.

D. Esteban. (*Aparte.*) Virgen del Pilar! le ha dado el neceser á su marido!... hay hombre mas desgraciado! (*Alto.*) Ah! era para el señor...

Doña Rosa. Pues no se lo habia dicho á usted?

D. Esteban. (*Confuso.*) Sí, ya me acuerdo, pero... convendria ponerle... porque le falta la funda, y si ustedes me dan su permiso voy á llevármele y en un instante le toman la medida.

D. Agustin. Nada, nada; no permito que usted se incomode mas.

Doña Rosa. (*Aparte.*) Si no le quito de aqui, va á hacer alguna simpleza. (*Alto.*) Señor D. Anselmo usted va á salir y no quiero detenerle, puede usted pasar á la sala cuando guste. D. Esteban, tenemos que hablar de un asunto; se tomará usted la molestia de venir conmigo. (*A su marido.*) Dime, querido, no te parece que convendria dar á los criados orden de no recibir por hoy?

D. Agustin. (*Aparte.*) Es cierto, si vinieran mas visitas pudieran echarlo todo á perder. (*Alto.*) Corro á mandarlo y en seguida iré á la sala á reunirme con toda la familia.

D. Esteban. (*A doña Rosa.*) Pero antes quisiera que mirase usted el neceser, por si acaso. (*Bajo.*) Hay cosas que solamente la vista de una muger...

Doña Rosa. (*Bajo.*) Es inútil, venga usted conmigo y

le enteraré de todo. (*Se le lleva por la izquierda.*
Don Agustín se vá por el foro.)

ESCENA XIV.

DON ANSELMO *solo y siguiendo con la vista á don Agustín.*

Anda, feliz marido, ve á cerrar tu puerta á los importunos que pudieran turbar tu dicha! Lo cierto es que yo en su lugar y teniendo una muger como la suya... qué discreta es! qué obsequiosa! Dígalo está prueba. (*Abriendo el neceser.*) A una muger así, podrían venirla á roudar! (*Tomando un papel.*) Pero qué veo! una carta de color de rosa! (*La huele.*) Y sahumada! abierta y sin señas! qué será esto? alguna equivocacion. (*La lee.*) Calla! es una declaracion amorosa, firmada «Esteban de Aguilar.» Pues, Aguilar, ese amigo de la casa; y á quién la dirige? sería posible...? Sí, no hay duda, su turbacion y su empeño en que doña Rosa mirase el neceser... está claro como el dia! Seducir á la muger de un amigo! qué horror!

ESCENA XV.

DON AGUSTIN. DON ANSELMO.

D. Agustín. (*Por el foro. Aparte.*) Gracias á Dios que puedo respirar un poco!

D. Anselmo. Ah! llegas á buena ocasion! estoy ciego de cólera, es una infamia!

D. Agustín. Qué tienes, hombre? sosiégate.

D. Anselmo. Que me sosiegue! y tú me lo dices! quieres tú que me sosiegue? cuando veo amenazada la paz doméstica, comprometida la felicidad de dos personas queridas! Agustín, tú eres hombre de valor...

D. Agustín. Pues qué sucede?

D. Anselmo. Voy á decírtelo.

D. Agustín. Acaba.

D. Anselmo. Han escrito una carta á tu muger.

D. Agustín. (*Sin inmutarse.*) Y qué?

D. Anselmo. Por supuesto que ella está inocente; en la misma carta se vé que lo ignora todo.

D. Agustín. (*Con frialdad.*) Y qué?

D. Anselmo. Y qué! y qué! Lo dices de una manera...

desgraciado, si es una carta amorosa!

D. Agustín. (Aparte. Tomando un polvo.) Acabáras!

D. Anselmo. Pero qué, así lo tomas? no te encolerizas? no bramas de furor?

D. Agustín. (Fingiéndose irritado.) Pues ya se vé, estoy furioso! fuera de mí! hacer la corte á mi mujer... (*Aparte.*) Sin verse obligado como yo!

D. Anselmo. Y no me preguntas quién es el vil atrevido?...

D. Agustín. Sí, sí; me alegraría conocer al atrevido...

D. Anselmo. Inocente! es tu amigo; el mismo que acaba de estrechar tu diestra, el infame Aguilar; pero qué, no te inflamas? no tomas el cielo con las manos? Yo en tu lugar hubiera tomado el cielo con las manos.

D. Agustín. (Aparte.) Pues, señor, veo que es preciso hacerlo á lo vivo. (*Alto.*) Cómo se entiende! la cólera me ahoga! Dónde está ese miserable? ese... no digo mas.

D. Anselmo. Eso eso.

D. Agustín. Si le llego á pillar entre mis manos; si le llego á atrapar así. (*Agarra á D. Anselmo del pescuezo.*)

D. Anselmo. (Pugnando por desasirse.) Bien! muy bien! ahora va bueno! (*Soltándose con trabajo.*) y aun demasiado bueno.... (*Aparte.*) En tal estado le veo, que sería temible... procuremos calmarle. (*Alto.*) Vamos, amigo mio, tranquilízate un poco.

D. Agustín. (Sin oírle.) A mí con esas? yo le diré quien soy.

D. Anselmo. (Aparte.) Siento ruido; es el otro que viene por aquí; gran Dios! si le llega á ver! (*Alto.*) Escucha, Agustín, un poco de prudencia; yo sé muy bien lo que conviene hacer; déjalo todo á mi cargo, anda, entra en mi habitacion.

D. Agustín. Pero qué vas á hacer?

D. Anselmo. (Aparte.) Ya está el otro encima. (*Alto.*) No te digo que lo dejes á mi cargo?...

D. Agustín. Pero...

D. Anselmo. No hay que hablar.

D. Agustín. Atiende.

D. Anselmo. Nada escucho. (*Le empuja dentro de la habitacion.*) Gracias á Dios!

ESCENA XVI.

DON ESTEBAN. DON ANSELMO.

D. Esteban. (*Dentro á la izquierda.*) No tenga usted cuidado, señora, seré discreto como un procurador. (*Sale mirando adentro, se vuelve y ve á D. Anselmo.—Aparte.*) Hola! aun no se ha ido este facha.

D. Anselmo. Caballero, una palabra.

D. Esteban. Qué se ofrece?

D. Anselmo. (*Le detiene en el foro y le hace seña de que se acerque al proscenio.*) Me hace usted el favor de darme las señas de su casa?

D. Esteban. Con mucho gusto, si es para algun negocio... (*Le da una tarjeta.*)

D. Anselmo. Precisamente, para un negocio.

D. Esteban. En ese caso, estoy á la disposicion de usted desde las ocho á las diez de la mañana y desde las dos á las cuatro de la tarde.

D. Anselmo. Ya, pero este negocio es de una clase particular... todo se sabe... con qué usted se mete en las casas á enredar los matrimonios? Usted escribe declaraciones en papel de color de rosa?

D. Esteban. Qué oigo? lo ha descubierto usted? Por amor de Dios, que á lo menos el marido...

D. Anselmo. Ya es tarde; el infeliz lo sabe todo, y la fortuna de usted ha sido el haber venido tan despacio... No he visto furia semejante; estaba hecho un tigre.

D. Esteban. Cielos!

D. Anselmo. Pero, á Dios gracias, todo se bará con órden: yo soy el encargado... al anochecer fuera de la puerta de Atocha, con espada.

D. Esteban. Yo batirme? no puede ser: haga usted que me formen causa criminal; pero batirme!

D. Anselmo. Cómo qué!... es preciso vengar el ultraje que ha hecho usted á las costumbres... qué vergüenza! hombre, qué vergüenza! venir á perturbar un matrimonio, precisamente el matrimonio mejor avenida de todo Madrid.

D. Esteban. Qué dice usted?

D. Anselmo. Si con mil diablos, hubiera usted ido á dar con una de esas familias que estan escandalizando todos los dias con sus disensiones....

D. Esteban. Y en ese caso...?

D. Anselmo. En ese caso que tenga paciencia el marido; él se tiene la culpa.

D. Esteban. Eso digo yo.

D. Anselmo. Por una causa tan mala no consentiria yo que nadie fuera á batirse; pero el caso es muy distinto.

D. Esteban. (Aparte.) Pues señor; no hay otro recurso; se lo diré todo.... me va en ello la vida y la caridad bien ordenada... *(Alto.)* Oiga usted caballero....

D. Anselmo. Lo dicho, dicho.

D. Esteban. (Aparte mirando á la derecha.) Cielos... él es! *(Alto.)* Oiga usted... La vida de un funcionario público está en peligro y.... ya nos veremos. *(Corre á salir por el foro.)*

D. Anselmo. (Aparte.) Hola te quieres escapar!... falta que yo te deje. *(Va á seguir á D. Esteban y vé á D. Agustin que entra por la derecha.)*

D. Agustin. Qué hay?

D. Anselmo. Ya está arreglado.... Te bates al anoche-
cer. *(Corre detrás de D. Esteban.)*

ESCENA XVII.

DON AGUSTIN y luego DOÑA ROSA.

D. Agustin. (Solo.) Batirme!... pues no tiene mal modo de arreglar las cosas... Está bueno! batirme por mi muger! yo comprometido para un desafio!

Doña Rosa. (Llega por la derecha.) Desafio! qué dice usted?

D. Agustin. Es una friolera! que me hallo en la posicion mas ridícula del mundo... Por ocultar nuestras desavenencias ha llovido sobre mí una serie de incidentes á cual mas desagradables; he tenido que obsequiarla á usted, que abrazarla, qué sé yo! Pero todo es una niñeria en comparacion de lo que ahora me pasa. Figúrese usted que mi amigo ha pillado una carta que la escribian á usted, y no tengo mas remedio que andar á tiros antes de media hora.

Doña Rosa. Cómo! eso no puede ser.

D. Agustín. Yo no sé si puede ser, pero lo que sé de positivo es que tengo que batirme por usted, cosa á la verdad muy poco divertida.

Doña Rosa. Y no pudiera componerse....

D. Agustín. Cierto que sí; una compostura, cualquier cosa. ¿Qué me importa á mí que la obsequien á usted... ese no es negocio mio; edad tiene usted para saber lo que se hace. Pero ese maldecido Arias lo ha tomado con un calor que yo no veo otra salida...

Doña Rosa. Con que será preciso...?

D. Agustín. Pues ya se ve; y yo soy franco, para que he de decir otra cosa; un duelo no es para mí un negocio indiferente, es un negocio muy serio. No soy militar ni espadachín, sino propietario pacífico y un lance de esta especie desconcierta todos mis planes.

ESCENA XVIII.

Los precedentes, LUISA con un retrato en la mano.

Doña Rosa. Donde vas, Luisa? déjanos solos.

Luisa. Perdone usted mamá; venia....

D. Agustín. Luego, hija mia, dentro de un instante. Pero qué es lo que traes?.. Dios mio! es mi retrato; mi retrato, señora; el que la di á usted cuando nos casamos.

Luisa. Iba á ponerle en su sitio: le he encontrado en en una cómoda y.... yo era muy pequeña, pero me acuerdo muy bien de haberle visto en esta habitacion.

Doña Rosa. Y con qué fin...?

Luisa. Mamá, ya que tengo el gusto de verlos á ustedes como antes, decia yo que tambien el retrato debia ponerse en su lugar.

D. Agustín. Qué estas diciendo?

Luisa. Vaya! ustedes me lo quieren ocultar, pero yo lo sé todo... Miren ustedes; en el colegio, hablando unas con otras, llegaron á decirme.... no; mejor es olvidarlo; ustedes no quieren que lo diga, verdad... Y cuando me preguntaban ustedes por qué estás triste? por qué lloras? daba cualquier excusa; pero la verdadera razon, yo me la sabia.

Doña Rosa. Hija de mi alma!

Luisa. Y esa enfermedad que he tenido... los médicos no acertaban su causa, porque ya se vé, únicamente yo se la podía decir... Figúrense ustedes cual habrá sido mi gozo al verlos reconciliados; al encontrar en mi casa aquella felicidad que entre sueños halagaba á mi corazón.... Ha sido tal mi alegría, que al momento se lo he escrito á todas mis amigas....

Doña Rosa. Luisa!

Luisa. No he hecho bien, mamá?... Ellas han participado de mis lágrimas; que sepan el feliz cambio de mi situación y no me compadezcan ya.

D. Agustin. Pobre niña!

Luisa. Cada día tenía que sufrir un nuevo pesar... Me aseguraban en el colegio que trataba usted de casarme; pero que todas las bodas se deshacían bajo cualquier pretexto... Usted ignoraba la causa, pero la verdad es que todo el mundo huye de enlazarse con una familia desunida... Y luego cuando salía con usted, se me ofrecían á cada paso mil motivos para echar de menos mi apoyo natural, mi padre. Advertía que se hablaban al oído murmurando de nosotras....

Doña Rosa. Calla, Luisa, por Dios!

Luisa. Ah! mas ahora ya puedo levantar los ojos, ya puedo amar á mis padres, á los dos igualmente, sin que mi amor á uno de ellos sea una falta de respeto para el otro. Ya tiene mi mamá un brazo que la sostenga y la proteja....

D. Agustin. (*Conmovido.*) Si hija mia tienes razon, y aun cuando no estuviera reconciliado con tu madre.... es mi muger, es la madre de mi hija, y títulos son estos mas que suficientes para que yo deba y quiera hacerla respetar.

Doña Rosa. (*A media voz.*) Que dice usted?

D. Agustin. (*Idem.*) Digo que esta niña me ha recordado mi deber, no quiero ocultarlo.... hace un instante que estaba lleno de temor pensando en ese desafío y ahora.... ahora le deseo con toda mi alma, porque insultar á mi muger es insultarme á mí.... y no he de sufrirlo.

Luisa. Por Dios, papá, qué tiene usted?

D. Agustin. (*Abrazándola.*) Nada, Luisa; eres una bue-

na hija, lo oyes? Yo haré que te respeten y el primero que se atreva.... Pero este D. Anselmo no viene. (*Se dirige al foro y volviendo al proscenio se encuentra entre Luisa y su muger.*)

Doña Rosa. (*Bajo á su marido con emocion.*) Eso está muy bien hecho, oh! muy bien hecho! (*Le toma una mano.*)

ESCENA XIX.

Los precedentes y DON ANSELMO, que ve la accion de doña Rosa.

D. Anselmo. Bueno! bueno! no se cansen ustedes, no hay para que; estoy perfectamente informado: es una farsa indigna, abominable.

D. Agustin. Eso es decir que....

D. Anselmo. Que se han burlado ustedes de mí á las mil maravillas; que me han tomado por un D. Simplicio, y si no hubiera sido por ese buen D. Esteban...

Luisa. (*Aterrada.*) Pues que hay, mamá?

Doña Rosa. No te asustes, hija mia, yo te explicaré...

D. Anselmo. Pero á Dios gracias lo he sabido á tiempo y no seguirán ustedes burlándose de mí. Hemos roto para siempre.

Luisa. Gran Dios!

D. Agustin. Tranquilízate hija mia, tu padre no te abandonará jamas. (*A D. Anselmo.*) Y usted, caballero, proceda como guste, no tengo tiempo de detenerme en mas esplicaciones; ya sabe usted que un negocio importante reclama mi presencia en otro sitio.

D. Anselmo. A otro perro con ese hueso.... me quiere usted hacer creer que vá al desafio?... aunque bobo no tanto.

D. Agustin. Usted opinará lo que guste; poco me importa ahora la opinion de usted; lo que necesito es que venga á servirme de padrino.

D. Anselmo. Pero, hombre, me harás dudar. Con que en efecto....?

D. Agustin. Le repito á usted que sí; el tiempo urge.

Luisa. Mamá, no le deje usted ir.

D. Agustin. Vamos....

ESCENA ULTIMA.

Los mismos. DON JUAN, *que entra por el foro.*

D. Juan. Un instante, caballeros. He sabido por mi padre que de resultas de una conversacion que habia tenido con ese procurador iba á deshacerse mi boda y vengo de exigirle una satisfaccion.

D. Agustin. Cómo! se ha batido usted con él?

D. Juan. No hubo necesidad; apenas le hablé dos palabras, me dió esta retractacion en debida forma, que ven ustedes aqui.

D. Anselmo. (*La lee.*) En efecto, firmada de su puño!... habrá infame!... si lo decia yo! cómo es posible que me haya equivocado!

Doña Rosa. (*Colocándose entre su marido y D. Anselmo.*) *D. Anselmo,* escuche usted... Suceda lo que quiera, prefiero renunciar al enlace con la familia de usted, si he de obtenerle por una supercheria indigna de nosotros, que me causa rubor. *D. Esteban* le ha dicho á usted la verdad.

D. Anselmo. La verdad!

Doña Rosa. Y el miedo sin duda de tener que batirse con el señor le ha hecho firmar esa mentira. Estabamos reñidos, separados y solamente por el deseo de efectuar un casamiento que constituye la felicidad de nuestra hija, nos hemos decidido á representar un papel, que cuesta ya demasiado á los sentimientos generosos de un corazon leal, para que pueda continuarse por mas tiempo.

D. Agustin. (*Tomando la mano de su muger.*) Eso está muy bien hecho: oh! muy bien hecho!

Luisa. Dios de mi vida! irá á deshacerse ahora?

D. Agustin. Sí, amigo, cuando llegaste aqui estabamos separados... luego han ocurrido circunstancias... pero tienes derecho para no creerme, y es inútil cuanto pudiera decir.

Luisa. Pues yo quiero decirlo; quiero que sepa el señor que hace un instante estaban ustedes conmovidos, que cuando mi padre queria ir á batirse, mi madre ha vuelto la cabeza para llorar.

Doña Rosa. Calla, Luisa....

Luisa. Yo digo lo que he visto; mamá; ahora el señor puede resolver lo que quiera; es libre de partir con su hijo.... y me hará bien desgraciada!

D. Anselmo. No; ya no quiero partir: teneis todos un buen corazon. Me habeis engañado como á un chino; pero podiais continuar lo mismo y no habeis querido; este rasgo me reconcilia con vosotros.

D. Juan. (*A su padre.*) Qué dicha! consiente usted....?

D. Anselmo. Con una condicion; que habeis de venirnos todos á mi aldea. (*Colocándose entre D. Agustin y su muger y á media voz.*) Pero os advierto una cosa. Mi casa es muy reducida y no puedo ofrecer os mas que una habitacion, una sola... no sé si me esplico...

D. Agustin. Ya lo oye usted, señora.

Doña Rosa. (*Bajando los ojos.*) Bien; haré por mi hija ese sacrificio mas.

D. Anselmo. Vamos; ya sabia yo que todo se arreglaria con los *padre de la novia.*

